MUSEO DE LOS NIÑOS.

Al dia siguiente, tan pronto como dispertaron, comenzaron á conferenciar entre sí Enrique y Fernando sobre cuál sería por último la suerte de la indocil Elisa. Tambien Adelaida se acordó de esta desventurada mucha-

Biblioteca Nacional de España

cha, y aun aseguró que habia pensado en ella toda la noche.

Solian estos niños emplear en sus lecciones la mayor parte de la mañana, y únicamente una media hora antes de comer se les permitia dejar los libros y solazarse. Ni del Valiente, ni del altar, ni de los soldados, que eran sus ordinarias diversiones, se acordaron en esta mañana. Elisa y Alverique ocupaban únicamente su atencion; asi fue, que en vez de ir á los parages donde solian otros dias recrearse, se presentaron en el gabinete de la mamá, que ce-

Biblioteca Nacional de España

diendo á sus ruegos prosiguió la historia de esta manera.

Registrando Elisa y Alverique el subterráneo, echaron de ver algunas letras en la pared, escritas al parecer con carbon. Algun trabajo les costó enterarse de su contenido: por él vinieron en conocimiento de que un hombre habia vivido por espacio de treinta años en aquel mismo subterráneo, dejando en él todo el resto de sus provisiones. Con esto concibieron esperanzas, asi Elisa como Alverique, de encontrar con que poder vivir hasta que las aguas les permitiesen la

Biblioteca Nacional de España

salida. No se equivocaron en tan lisonjero pronóstico, pues hallaron en las diversas naves que formaba el subterráneo por aquella parte haces de leña y mediana cantidad de trigo bastante bien conservado. Brotaba tambien al pie de una peña un brazo de agua, que desaparecia otra vez á muy pocos pasos del sitio de su nacimiento.

Ya no se morirá de hambre, dijo Adelaida llena de satisfaccion y contento.

Sí, continuó Enrique, pero con pan solo no se vive.

Podreis conocer, hijos mios,

Biblioteca Nacional de España

prosiguió Casilda, cuánta sería la alegría de Elisa y Alverique con este hallazgo, por lo que habeis esperimentado vosotros al oir que tales cosas hallaron. ¿Quién habrá sido, preguntaba Elisa á Alverique, la persona que haya preferido una vivienda tan triste y solitaria á las comodidades de una casa y á las dulzuras de la sociedad? Y si aquí moraba contenta, ¿con qué objeto se habrá ausentado? Tal vez habrá dejado este sitio, respondió el criado, para no carecer en sus últimos momentos de los consuelos de la religion. Dicho esto,

Biblioteca Nacional de España

propuso á su compañera de cautiverio empleasen el tiempo mas bien que en inútiles reflexiones en útiles trabajos para prepararse algun alimento; y poniéndose de pie comenzó á moler el trigo con unas piedras, que sin duda habrian servido al solitario antecesor para el mismo objeto. Elisa tomó á su cargo el amasar la harina, y Alverique procuró encender fuego frotando un palo con otro. Operacion larga fue esta, pero al fin salió Alverique con su intento, gracias á la robustez de sus brazos. Encendido fuego cocieron unos pa-

Biblioteca Nacional de España

nes, y esta fue la cena que tuvieron: cena parca por cierto, pero que así satisfizo el hambre de Elisa, como pudieran haberla satisfecho las sabrosas menestras y ricos guisados de casa de sus padres.

Vendria á ser la media tarde cuando ya quedaron á obscuras los moradores del subterráneo; únicamente alumbraba la estancia la pálida luz de cuatro tizones que conservaban encendidos, para ahorrarse al dia siguiente el trabajo de encender fuego por medio de la frotacion. Elisa estaba cansada, y dispuso

Biblioteca Nacional de España

echarse sobre la arena, única cama de que podia disponer. Hízola Alverique rezar antes las oraciones que se solian rezar en casa de sus padres, y llamando luego su atencion sobre sus faltas pasadas, la hizo ver que los apuros que pasaba y el conflicto en que se hallaba, eran un justo castigo por el poco respeto y deferencia con que habia mirado á las personas que mas debia amar y respetar en este mundo. Convencióse Elisa de cuanto la decia el criado, y detestó sus faltas de todo corazon. Parecia ya que no deseaba salir

Biblioteca Nacional de España

del subterráneo sino para echarse á los pies de sus padres, y pedirles perdon de todas veras. Por último se quedó dormida, mientras Alverique daba gracias á Dios por haber abierto los ojos del entendimiento á esta indocil criatura, y haberla hecho conocer toda la deformidad de sus faltas. El primer cuidado de Elisa despues que despertó, fue el dar nuevo pábulo á la lumbre, para que no se concluyese la que restaba del dia anterior, y luego costase á Alverique un trabajo inmenso el obtenerla de nuevo. Volvió Alve-

Biblioteca Nacional de España

rique á recorrer todos los ángulos del subterráneo, esperando siempre hallar alguna otra abertura por donde poder salir al bosque; pero tan inútiles fueron todas estas diligencias como las practicadas el dia precedente.

Está visto, Elisa, que estamos condenados á vivir largo tiempo en esta lóbrega prision, reducidos á comer un pedazo de pan grosero, amasado con el sudor de nuestro rostro; tal fue la triste nueva que dió Alverique á Elisa al volver de su espedicion. Lágrimas abundantes se desprendieron de los ojos de la joven ar-

Biblioteca Nacional de España

repentida al oir esta infausta relacion. Parecia que entonces comenzaba á sentir todo el peso de su afliccion. Dias y dias pasaron sin que por ningun lado descubriesen cosa que pudiese consolarles. Las aguas disminuian casi imperceptiblemente, y de vez en cuando nuevos aluviones las hacian subir á la primera altura. Mas de mil medios habian probado para eximirse de una carcel tan penosa, y como todo habia sido en vano, ya casi desconfiaban de que pudiese llegar un dia en que saliesen de tan lóbrega mansion. Por fin ocur-

Biblioteca Nacional de España

rió á Alverique un medio nuevo, que ni era de los que mas dificultades presentaban en su ejecucion, ni de los que menos esperanzas ofrecian de un venturoso resultado.

Consistia este en hacer escavaciones por un lado donde la pared era casi toda de arena. Esta idea les daba tanto mayores esperanzas, cuanto que Alverique recordaba haber visto un montecito de arena no lejos del bosque, y poco mas ó menos sobre el parage donde él calculaba que á la sazon se encontraban. Comenzaron pues este tra-

Biblioteca Nacional de España

bajo, y con palos, con piedras, y como Dios les ayudó, fueron horadando la pared y abriéndose camino. Asi continuaron por espacio de muchos dias, animados de las mas lisonjeras esperanzas. Ya por fin iban descubriendo raices de árboles, y otros objetos que les presagiaban el buen éxito de sus tareas. Con sentimiento veian llegar la hora en que, para reparar las fuerzas y tomar algun alimento, les era indispensable interrumpir tan grato trabajo: tal era la avidez con que lo ejecutaban. Parecióles en una ocasion percibir

Biblioteca Nacional de España

un ruido sordo como el del viento cuando sacude las ramas de los árboles. Entonces sí que creyeron ver abiertas las puertas de la prision. Pero esta dulce ilusion se convirtió para Elisa en el mas amargo dolor.

No era el ruido cual se habian imaginado; era el de una mole inmensa de arena, que desprendiéndose de las paredes del sitio donde se hallaban trabajando, sepultó enteramente á Alverique, y gracias á la celeridad de sus pies que no cupo á Elisa igual desgracia. No es dificil juzgar cuán amarga sería la pe-

Biblioteca Nacional de España

na que Elisa esperimentó con esta nueva tribulacion. Ella misma no ha sabido despues dar cuenta de lo que por ella pasó en esta ocasion. Sin duda que el esceso de su dolor, al verse privada del único compañero cuya cooperacion le era absolutamente necesaria para las faenas domésticas, la hizo caer privada enteramente del sentido; ni volvió en sí hasta que los ósculos y abrazos de sus padres la sacaron de aquella enagenacion mental.

Como unas ocho horas habian transcurrido desde que Eli-

Biblioteca Nacional de España

sa creyó haber perdido á Alverique, cuando los padres de la niña, acompañados del mismo Alverique y de otros criados de la casa, bajaron al subterráneo; dudaban si al desplomarse la pared habria quedado Elisa sepultada entre la arena, y esto fue lo que les hizo activar las diligencias. Afortunadamente los padres hallaron con vida á su hija, y se alegraron tanto mas, cuanto que los trabajos que habian tenido que sufrir por espacio de seis meses en el subterráneo la habian corregido completamente. Nada diré,

Biblioteca Nacional de España

por no alargar mas esta historia, de la satisfaccion que esperimentaron los padres al ver una hija á quien habian llorado como muerta por espacio de medio año, ni de la emocion que ésta sintió al abrazar de nuevo á unos padres que temia no volver á ver jamás. Solo sí os diré, porque supongo que deseais saberlo, el modo con que los padres de Elisa pudieron saber el paradero de su hija. Felizmente cuando la arena se desprendió estaba Alverique rompiendo la última capa de tierra que los separaba del bosque, y no le fue dificil des-

Biblioteca Nacional de España

embarazarse de la que le tenia medio sepultado. Asi salió al bosque, fue á casa de los padres de Elisa, los que, al no poder recibir por ningun lado noticias de su hija, habian creido que alguna fiera los habia destrozado, ó que tal vez el torrente los habia arrastrado. Al recibir una nueva tan inesperada, fueron sin dilacion acompañados del mismo Alverique y otros criados al montecillo de arena, y por el mismo sitio por donde Alverique habia salido penetraron sin dificultad en el subterráneo.

Absortos quedaron los niños

Biblioteca Nacional de España

al oir las estrañas aventuras de Elisa y Alverique.

Mamá, ¿y viven todavía Elisa y Alverique? preguntó Adelaida.

Muy facilmente podrá ser que vivan todavia, respondió Casilda, pues no hace muchos años me refirió esta historia quien la habia oido contar á un primo hermano de Alverique.

En esto estaban, cuando volviendo del campo Herman llamó á todos á comer.

Mientras la comida, mil veces se hizo mencion de Alverique y de la señorita Elisa. Ma-

Biblioteca Nacional de España

má, decian unos y otros á cada plato que se les servia, ¡si la pobre Elisa hubiera tenido en el subterráneo este plato con que regalarse!

No creais, hijos mios, dijo con este motivo la madre, que la suerte que cupo á Elisa en el subterráneo fuese la mas desventurada y deplorable. Por ventura, ¿le faltó jamás un pedazo de pan que llevar á la boca? En las cárceles y hospicios viérais centenares de personas de todos sexos y edades que carecen de lo preciso para un mezquino sustento; familias viérais en las boar-

Biblioteca Nacional de España

dillas de las ciudades populosas que arrastran una vida lánguida por faltarles el necesario alimento.

Yo he visto en la corte, dijo entonces Herman, morir de necesidad á varias personas, algunas de ellas que se habian visto muy bien acomodadas. Ved, hijos mios, si tenemos mil motivos por que estar agradecidos al Criador nosotros, á quienes sobra el alimento, ni faltan de vez en cuando regalos; mirad por qué no os permito jamás levantaros de la mesa sin que antes deis con nosotros las debidas

Biblioteca Nacional de España

gracias á Dios por la merced que nos hace con alimentarnos.

¿Y cómo puede ser, papá, preguntó Enrique, que esas personas estando bien acomodadas hayan llegado á tanta necesidad y pobreza?

Hijo mio, no hay bienes que basten para sostener un lujo inmoderado; no hay riquezas, por inmensas que sean, que no se acaben y desaparezcan cuando falta templanza, moderacion y hombría de bien á los que las poseen y disfrutan; no hay fortunas, por colosales que parezcan, que no vengan á tierra cuando

Biblioteca Nacional de España

Dios quiere castigar y corregir con la vara de la afliccion. Asi son locos cuantos confian en las riquezas y ponen su esperanza en los bienes de la fortuna.

Con estas pláticas concluyeron la comida, y Herman y Casilda se retiraron, encargando á los niños se abstuviesen de hacer ruido que les impidiese descansar.

Habia en la casa un antiguo criado que, habiendo servido ya á tres poseedores de la finca, quedó imposibilitado de resultas de una caida, y sus señores, en compensacion de los servicios que en el discurso de largos años

Biblioteca Nacional de España

habia prestado á la casa, le mantenian sin ocupacion alguna y en la mas honrosa jubilacion. Los niños le hacian sus visitas, y él les pagaba tanta bondad con algunos cuentecitos que solia contarles, y con algunos pasages de la sagrada Escritura, libro que leia continuamente.

Al cuarto, pues, del viejecito Zenon, que asi se llamaba este criado, se retiraron Enrique, Fernando y Carlitos mientras descansaban sus padres. Adelaida marchó á hacer labor al gabinete de su mamá. Contó Enrique á Zenon la historia de Elisa y

Biblioteca Nacional de España

Alverique, y en cambio le pidieron todos tres les refiriese alguna otra. Escusóse Zenon, sin duda porque faltaba la niña, que no era la que menos gustaba de cuentos. Ofrecióles uno muy bonito para la primera siesta que fuesen todos cuatro á hacerle visita. Con este motivo volvió la conversacion á girar sobre los infortunios de Elisa, y sobre la manera con que habia pasado de la abundancia de casa de sus padres á la escasez del subterráneo. Repitió con este motivo Enrique lo que su papá les habia dicho acerca de la facilidad con

Biblioteca Nacional de España

que desaparecen y se hunden las mayores fortunas cuando no hay conducta y buenas costumbres en los que las poseen.

Asi sucedió en mi casa, dijo entonces Zenon, pues con haber sido mi padre hombre de muchos caudales murió en un hospital, y de todos sus hijos he sido yo el mas bien acomodado. En doce años que empleó mi padre en viajar y divertirse, disipó una hacienda que, á pesar de que éramos siete los hijos, era suficiente para que todos hubiéramos quedado muy á gusto: tan cierto es lo que

Biblioteca Nacional de España

dice el libro de los Proverbios: *En la casa del hombre honrado habrá siempre un tesoro pingüe é inestimable, pero en la del hombre imprudente todo se consumirá y disipará como el humo.* (Prov. cap. 20, v. 20.)

Llegada la hora del paseo, bajó Adelaida á decir á sus hermanos que papá estaba esperándoles para salir.

Tomaron esta tarde diferente direccion que en la anterior; subieron á una pequeña colina desde donde se descubria un vasto y despejado horizonte.

Papá, dijó Enrique luego

Biblioteca Nacional de España

que tomaron asiento, yo he pensado esta mañana sobre lo que nos habeis dicho ayer tarde de la hermosura, orden y maravilloso concierto que hay en el universo; todo ello es sorprendente, y con todo confieso que hasta hoy jamás me habia llamado la atencion, ni hubiera bastado para que yo conociera la existencia del Criador, á no haberme vos hecho pensar y raciocinar.

Consiste esto, hijo mio, en la frecuencia con que se nos presentan estos prodigios, verdaderamente asombrosos. De pequeños los vemos casi dia-

Biblioteca Nacional de España

riamente, y nuestra alma, acostumbrada á mirarlos, nada halla en ellos que le llame la atencion cuando llega á la edad del raciocinio y de la reflexion. He aqui por que ni tú ni la mayor parte de los hombres fijan la atencion en tanta belleza y en una armonía tan singular y sorprendente. Si el sol no saliera sino una vez al año, si el nacimiento de una planta no se viera mas que una vez en la vida, si no lloviera sino de cien en cien años, ¿quién habria que al presenciar tales fenómenos no se sobrecogiese de admiracion y de

Biblioteca Nacional de España

asombro? ¿Quién sería capaz de esplicar la impresion que le hiciera un espectáculo de esta naturaleza? Ved aqui cómo los hombres abusan de los beneficios que Dios les hace, por lo mismo que se los dispensa sin tasa y se los repite todos los dias. ¡Qué lástima que Dios sea tan pródigo!

En esto Adelaida, que sin duda tenia unos ojos como un lince, avisó á papá que el Señor Cura con su sobrinito Casimiro se encaminaban hácia el cortijo donde ellos moraban. Pusiéronse á mirar unos y otros con aten-

Biblioteca Nacional de España

cion hácia el parage que Adelaida señalaba, y con efecto vieron que la niña no se habia equivocado. Enrique fue á salir al encuentro al Párroco, y á decirle como se encontraban en la colina *del mediodia*, por si gustaba pasear por alli, ó queria mejor que todos se dirijiesen hácia la casa. Vino el Sr. Cura á la colina, de donde bajaron á recibirle Herman, Adelaida y los dos niños; y despues que mediaron regulares cumplimientos asi entre Herman y el Sr. Cura como entre Casimiro y nuestros niños, yo habia pensado, dijo

Biblioteca Nacional de España

Herman al venerable Párroco, instruir en esta tarde á mis queridos hijos sobre los atributos y perfecciones de la divinidad, pues deseo con toda mi alma que en materia tan interesante tengan un conocimiento mas que superficial, y si no os sirviera de molestia, os estimaria tomáseis á vuestro cargo esta importante instruccion. Aceptó con muchísimo gusto el Párroco la invitacion, y despues que tomaron asiento comenzó á hablar de la manera que se dirá en el n.º siguiente.

Biblioteca Nacional de España